

y les recomendaba la calma y el valor, afirmándoles que no había nada perdido, que el enemigo no había alcanzado ninguna ventaja decisiva y que con la constancia y la energía se concluiría por salvarlo todo.

En tanto que se esforzaba en preparar sus recursos y en hacer creer en ellos, le quedaba una probabilidad próxima y dichosa que era el secreto de su genio, y de la que tenía como una especie de presentimiento. Esta fortuna, si llegaba á realizarse, podía cambiar la faz de las cosas y producir victorias importantes. Por el pronto estaba amenazado de una batalla inmensa y fatal á las puertas de París contra fuerzas cuádruples que las suyas. No había otra perspectiva si el enemigo persistía en marchar en masa. Pero ¿no se dividiría este enemigo? ¿No tendría que repartirse ó extenderse entre los varios caminos del Yonne, del Sena, del Aube y del Marne, ya por causa de los viveres, ya para dar la mano á las tropas del Norte y del Este, ya, en fin, por otros mil motivos? Blücher, que tenía fuerzas en el Marne y aun más lejos, pues había dejado en las fronteras de Bélgica al general Saint Priest, ¿no querría llamarle á sí, y para operar con más seguridad la reunión, no daría él un paso hacia aquella frontera? Schwartzberg, que tenía fuerzas en el camino de Ginebra y aun hasta cerca de Lyon, ¿no querría extender un brazo hacia Dijón? Y á estas causas ¿no se unirían motivos morales de separación, tales como la envidia, la antipatía, los deseos de operar separadamente unos de otros? Blücher, verbigracia, ¿no querría marchar hacia el Marne, dejando á Schwartzberg en el Sena con el fin de estar más libre para obrar según su sistema? Napoleón lo pensaba así, y desde el segundo día de su retirada hacia Troyes casi estaba seguro de ello (1). Si esto sucedía, su plan estaba dispuesto: dejaría un cuerpo delante de Schwartzberg y después correría rápidamente contra Blücher y le destrozaría para volverse en seguida contra Schwartzberg. Sin embargo, no decía nada de esto temiendo que su secreto se divulgara y llegase al enemigo por una indiscreción del estado mayor.

En rededor suyo, la presencia de una masa compacta, cuatro veces superior al ejército francés, era la nube que ofuscaba todos los ojos y amedrentaba los corazones. Veíanse reducidos á dar una batalla general á las puertas de París con fuerzas tan desproporcionadas que la victoria era imposible, y habrían querido conjurar á todo trance ese peligro y conjurado por medio de la paz, una paz cualquiera. Llegado el 3 de febrero á Troyes, Napoleón tuvo que oír las observaciones de Berthier, que siempre había sido prudente, y de Mr. de Basano, que lo era desde nuestros primeros infortunios. Tratar á toda costa en Chatillon era su único deseo, y lo manifestaban de la manera más apremiante.

Efectivamente se podía tratar, pues los plenipotenciarios de los aliados acababan de llegar á Chatillon, todos muy dispuestos á firmar la paz, pero sobre la doble base de las fronteras de 1790 y de nuestra exclusión de los futuros arreglos europeos. Mr. de Caulaincourt, ecogido con fría urbanidad, había podido descubrir que se le preparaban crueles proposiciones muy distintas ya de las bases de Francfort. Mr. de Floret, secretario de la

(1) Napoleón escribió el 2 al ministro de la Guerra algunas palabras sobre el asunto, oscuras, pero muy positivas (N. del A.)

legación austriaca, encargado de aconsejar en secreto y con benevolencia al negociador francés, sin querer explicarse categóricamente, le había dicho: «Tratad á toda costa; pues esta ocasión es como la de Praga y como la de Francfort, y una vez perdida no se presentará más.»

Mr. de Caulaincourt, consternado con tales consejos, y queriendo saber qué sacrificios se iban á imponer á la Francia, no había podido obtener ninguna explicación de Mr. de Floret, pero había adquirido la certeza de que era preciso resignarse á otros sacrificios que los de Francfort, si se quería salvar á París, y con París al trono imperial. Bajo este concepto escribió á Napoleón suplicándole que le enviara más latitud para negociar, pues formaban un horrible contrasentido con la situación presente las instrucciones que le ordenaban exigir no sólo el Escalda, sino el Wahal; no sólo los Alpes, sino una parte de Italia, y no sólo una influencia legítima sobre la suerte de las provincias cedidas, sino la posesión de una parte de ellas para los hermanos de Napoleón. Pedía latitud sin poner límites y le pedía de rodillas, no como un hombre que se prosterna para salvar su vida y su fortuna, sino como un honrado ciudadano que se humilla para salvar su país. Desconfiando de Mr. de Basano, á quien no quería y que tampoco le quería á él, á quien consideraba sin razón como la causa de la obstinación de Napoleón, había escrito á Berthier para que le mandara sin demora exactos informes sobre la situación militar, y para rogarle que como noble y fiel compañero de los peligros del emperador, empleara toda su influencia para hacerle ceder.

De este modo Napoleón había tenido que sufrir no sólo la carta de Mr. de Caulaincourt pidiéndole otras instrucciones, sino las súplicas más vivas de Berthier y de Mr. de Basano, que en aquel momento estaba bien lejos de excitar á su soberano á la resistencia. Las noticias que llegaban de diversos puntos estimulaban el celo de todos aquellos que rodeaban á Napoleón. Con efecto, los cuerpos austriacos parecían haberse extendido á nuestra derecha por la otra parte del Yonne. Cinco mil cosacos habían pasado Sens y amenazaban á Fontainebleau. A nuestra izquierda hacia el Marne el aspecto de las cosas no era tampoco menos alarmante. El mariscal Macdonald, que había recibido orden de replegarse hacia Chalóns y de sostenerse allí, había sido expulsado por el enemigo y había tenido que retirarse hacia Chateau-Thierry, y aun se decía que le habían rechazado hasta Meaux. Los 11.º y 5.º cuerpos de infantería y el 2.º y 3.º de caballería que llevaba consigo, y que Napoleón calculaba en doce mil hombres, estaban reducidos á siete mil. Entre Meaux y París se habían extendido bandas de fugitivos del ejército, esparciendo el terror en la comarca. Los parisienses veían llegar al enemigo por tres vías, la de Auxerre, la de Troyes y la de Chalóns, y solamente en una de las tres observaban una fuerza capaz de cubrirles, aquella que Napoleón mandaba en persona, la cual, según se decía, había alcanzado ventajas en el combate del 29 de enero, pero que en cambio había sufrido una pérdida notable en la batalla del 1.º de febrero. Se hablaba además de movimientos en la Vendée, y este país tan tranquilo hacía poco, tan agradecido á Napoleón, parecía en vísperas de agitarse. Por último, para mayor consternación se anunciaba que Murat, el cuñado del emperador, elevado por él al trono,

acababa de hacer traición á la vez á la patria, á la alianza y al parentesco, marchando contra la retaguardia del príncipe Eugenio. Este conjunto de malas noticias había trastornado todas las cabezas. La emperatriz asustada llamaba sin cesar á su lado tan pronto á José como al archicanciller, para confiarles sus penas; y viendo aproximarse el peligro, se moría de miedo por su esposo, por su hijo y por ella misma. En París se decía que la corte iba á retirarse hacia el Loira, y todos los días una inquieta multitud acudía á las Tullerías para saber si los coches que llevaban á la emperatriz y al rey de Roma al bosque de Boulogne, no eran coches de viaje destinados á dirigirse hacia Tours (1).

Estas circunstancias irritaban á Napoleón sin quebrantar su firmeza. Donde cada cual veía motivos de temor, él los distinguía de esperanza. Creía con efecto que un cuerpo austriaco se había aproximado á él, y pensaba precipitarse sobre ese cuerpo y deshacerlo. El peligro de Macdonald y la manera con que era perseguido, le disponían á creer que el gran ejército de los aliados se había dividido, y había extendido una de sus alas hacia el Marne. Esto era lo que él había deseado y se había prometido siempre. Por esto había dirigido á Marmont hacia Arcis del Aube, y le había mandado que practicara reconocimientos sobre Sezanne y Fere-Champenoise para estar al corriente de lo que hiciera el enemigo, y hallarse siempre en estado de aprovechar la primera falta que cometiera.

Sin embargo, era preciso que contestara á las súplicas de Berthier, de Mr. de Basano y de Mr. de Caulaincourt, y sobre todo á las alarmas de París. Le pedían más latitud para tratar... ¿Qué se entendía por esas expresiones?... Si se entendían sacrificios en Holanda, en Alemania y en Italia, estaba dispuesto á hacerlos. El Wahal lo abandonaría para volver al Mosa y al Escalda, pero quedándose con Amberes. Sacrificaría Cassel y Kehl, aunque estos pueblos eran como arrabales de Maguncia y Estrasburgo, y aun dismantelaría á Maguncia para tranquilizar á la Alemania, pero con la condición de conservar el Rhin. En Italia renunciaría á todo, aun á Génova, con tal que conservara los Alpes y, si era posible, alguna cosa para el fiel príncipe Eugenio. Pero consentir en recibir menos que la Francia, la verdadera Francia, aquella cuyos límites había fijado la revolución de 1789, esto era deshonorarse sin esperanza de salvarse. A su juicio, en el fondo no querían tratar ya con él; querían destruirle á él, á su dinastía y sobre todo á la revolución francesa; y las proposiciones de negociar no eran más que una aña gaza. Si en el nuevo ofrecimiento de tratar había alguna sinceridad, es que probablemente le preparaban condiciones tan humillantes, que le deshonrarían, y esta deshonra serviría de garante contra su carácter y su genio. ¡Consentir en tales cosas era imposible! Descender del trono, morir si era preciso, para un

(1) Siguiendo mi costumbre de no trazar jamás cuadros imaginarios, diré que tomo estos detalles, no sólo de la correspondencia del rey José, que en parte se ha publicado, sino de las del príncipe Cambaceres, del duque de Rovigo y del duque de Feltre, que no han visto la luz y que contienen muchos pormenores. En ellas están trazadas con los más vivos colores las particularidades que indico; yo atenuo más bien que exagero esos colores, sabiendo que siempre es preciso quitar algo á la exageración del tiempo, bien que esta exageración sea uno de los rasgos de la situación que conviene conservar hasta cierto punto. (N. del A.)

soldado como él era bien poca cosa en comparación del deshonor.

Los Borbones podían aceptar la Francia de 1790 porque nunca habían conocido otra, y era la misma que ellos habían tenido la gloria de crear. Pero él, que había recibido de la república la Francia con el Rhin y los Alpes, ¿qué respondería á los republicanos del Directorio si le devolvían el terrible apóstrofe que él les dirigió el 18 brumario? Nada; se quedaría confundido. Le pedían lo que era imposible, pues le pedían su propia deshonra.

No sabemos si podemos atrevernos á decirlo, nosotros que en esta larga historia no hemos cesado de censurar la política de Napoleón, que hemos encontrado inútil, insensata y funesta toda ambición que se extendiera más allá del Rhin y de los Alpes; pero nos parece que esta vez Napoleón tenía más razón que sus consejeros; mas como sucede siempre, por no haber tenido razón durante largo tiempo, no le escuchaban ni le creían cuando la tenía. Sus diplomáticos, desengañados demasiado tarde, y sus generales, extenuados de fatiga, le pedían continuase siendo emperador de cualquier imperio que fuese, porque en ese caso ellos no perderían sus posiciones. La Francia sería más pequeña, pero se conservaría grande aún, porque siempre sería la Francia, y ellos no perderían nada de su elevación individual. A sus ojos, el Rhin y los Alpes constituían quizá la grandeza de Napoleón y de la Francia, pero no su grandeza personal: triste raciocinio que el desfallecimiento hacía excusable en los militares cansados ya y el temor en los diplomáticos justamente alarmados. Sin duda alguna, los conquistas que Napoleón había hecho desde el Rhin al Vístula, desde los Alpes al estrecho de Mesina y desde los Pirineos á Gibraltar, no valían la sangre que habían costado, ni aun merecían que hubiese hecho correr por ellas la de un solo hombre. Pero por el contrario, para guardar las fronteras de la Francia podía pedirse á Napoleón que arriesgara su trono y su vida, y á nuestro juicio, después de tantos errores, de tantas locuras, de tantas prodigalidades de todo género, él sólo tenía razón cuando decía que se le exigía su honor pidiéndole que cediera la más pequeña parte de las fronteras naturales de la Francia, de aquellas fronteras que la república había conquistado y le había transmitido en depósito. Pero unos por afecto, otros por cansancio y algunos por el deseo de su propia conservación, le decían: «Señor, salvad vuestro trono, y salvándole lo habréis salvado todo.»

Las instancias fueron vivas y repetidas. Por último, creciendo las alarmas de hora en hora, no queriendo Napoleón precisar los sacrificios y contando con el patriotismo y fidelidad de Mr. de Caulaincourt, le dió *carta blanca* (expresión textual), prometiéndose, y con razón, que Mr. de Caulaincourt, conociéndole como le conocía, no vería en eso la autorización de hacer los últimos sacrificios, y que, sin embargo, si se necesitaban grandes concesiones para arrancar la capital de manos del enemigo, él estaría en libertad de hacerlas y podría salvarla: astucia singular consigo mismo, con Mr. de Caulaincourt y con el punto de honor como él lo comprendía, pues en aquel estado de cosas no concedía nada ó concedía el abandono de las fronteras naturales; astucia singular, y añadiremos, única debilidad de aquel

gran carácter, que le fué arrancada por las instancias de sus capitanes y sus ministros, aunque por lo demás, como vamos á ver, fué bien pasajera.

Enviada esta autorización á Mr. de Caulaincourt, dió algunas órdenes relativas á la situación apurada en que se hallaba. El obstinado silencio que había guardado con Murat había por fin decidido á éste á tratar con el Austria. Era esta defección tan culpable como la de Bernadotte, aunque fué producida por sentimientos menos malos. La ligereza, la insaciable necesidad de reinar, el miedo y una extremada envidia al príncipe Eugenio, habían perturbado el corazón de Murat. Su mujer, preciso es confesarlo, era más culpable que él, pues ligaba á Napoleón por deberes más íntimos, aunque afectando el sentimiento de no poder impedir nada, delante del ministro de Francia, había seguido la negociación por medio de Mr. de Metternich (1).

Las condiciones de la defección eran las siguientes: Murat conservaría Nápoles y renunciaría á la Sicilia, por la que sería indemnizado con una provincia en el centro de Italia; él, en cambio, prometía marchar con treinta mil hombres contra el príncipe Eugenio. Cumpliendo su palabra se había avanzado hacia Roma y después había enviado una división á Florencia y otra hacia Bolonia, sin decir precisamente lo que iba á hacer, pues aún le quedaba algo de honor para avergonzarse de su conducta y bastante astucia para dejar ignorar á los oficiales franceses, de los que tenía gran necesidad, que los iba á emplear contra la Francia. Había pedido al general Miollis que le entregara el castillo de Sant'Angelo y á la princesa Elisa la ciudadela de Liorna, pretendiendo que estas ocupaciones eran necesarias para el cumplimiento de los designios del emperador. El general Miollis y la princesa Elisa se lo habían negado.

Estos detalles irritaron naturalmente á Napoleón, pero supo disimular en interés de los muchos franceses residentes en Italia. Ordenó al duque de Otranto que pasara de nuevo al cuartel general de Murat para estipular la rendición de los puestos fortificados que pedía el rey de Nápoles, con la condición de que los franceses serían protegidos en sus personas é intereses, pero había jurado en su corazón vengarse de esa negra ingratitud é imaginó en seguida poner á Murat en un apuro que no podía menos de ser muy grave. En su tratado con el Austria Murat se había prometido comprender en la vaga indicación de una provincia en la tierra firme de Italia, todo el centro de la península. Ahora bien, enviarle al papa en aquel momento era crearle un obstáculo casi insuperable. Como hemos visto ya, Napoleón había encaminado á Pío VII hacia Savona, y en todo el camino el pontífice fué recibido por las poblaciones con muestras de respeto y adhesión. Napoleón ordenó que le condujeran á las avanzadas con los miramientos que siempre se le habían guardado, declarándole que estaba en libertad de regresar á Roma. Así este otro drama, tan parecido al de España, concluía con la devolución del príncipe cuyos Estados se quisieron tomar al apoderarse de su persona, y á quien libertaban á la sazón con mucho júbilo, gracias á la esperanza de sacar

(1) Este triste suceso no puede ponerse en duda después de la publicación de los papeles de lord Castlereagh. En ellos se ve que el agente principal de la negociación fué la reina (N. del A.)

algún medio de salvación de la más triste de las retractaciones.

Lo que importaba más que Murat y el papa, era aprovechar la ocasión para abandonar á la Italia á sí misma, otra retractación muy tardía, pero muy útil si hubiera sido hecha oportunamente. En tanto que Murat permanecía en la inacción, el príncipe Eugenio podía sostenerse en la Lombardía defendiéndose en el Adige, á pesar de los ataques de los ingleses á su derecha y á su retaguardia; pero llegando Murat por detrás de la derecha del Po, toda resistencia era imposible, y Napoleón le mandó que se retirase á toda prisa hacia Turín, Suiza, Grenoble y Lyon, para socorrer á la Francia, cuya conservación importaba mucho más que la de Italia.

Ocupado así en deshacer lo que había hecho, Napoleón dió sus órdenes con respecto á Fernando VII, que ardía siempre en deseos de reconquistar su libertad. Por fin se acababan de tener noticias del duque de San Carlos; había encontrado en el camino á la regencia de España que después de haber vacilado largo tiempo en salir de Cádiz se había decidido á volver á Madrid para instalarse allí donde hacía tres siglos residía el gobierno de la España. El duque de San Carlos había visto en Aranjuez á los miembros de la regencia y á los principales personajes de las cortes, y la respuesta había sido categórica. Primeramente ninguno de ellos quería separarse de los ingleses con quienes se prometían poder invadir en breve el Mediodía de la Francia, y después no tenía prisa por rescatar á Fernando VII y entregarle un poder que ellos le habían conservado para que hiciera de él un mal uso fácil de prever. Por este doble motivo negaron su adhesión á un tratado concluido en estado de cautiverio, y con muchas protestas de sentimiento, de obediencia y de afecto, declararon que no reconocerían la firma del rey sino cuando se hallara en el territorio español, en el pleno disfrute de su libertad. Para responder de esta manera, invocaban además un título muy especioso, y era un artículo de la Constitución de Cádiz, que decía expresamente que toda estipulación del rey subscripta en estado de cautiverio sería nula. Por consiguiente enviaron al duque de San Carlos á Valencey con este artículo de la Constitución que causó á Fernando una desesperación profunda.

No era posible vacilar; más valía correr el riesgo de ser engañado, aunque teniendo también la probabilidad de hallar á Fernando fiel á su palabra, que conservarle prisionero, lo que nos constituía forzosamente en guerra con los españoles y nos obligaba á dejar en el Adur tropas que necesitábamos con urgencia en el Marne y el Sena. Por consiguiente Napoleón ordenó que se pusiera en libertad á Fernando VII con los demás príncipes españoles detenidos en Valencey, que se les enviara inmediatamente cerca del mariscal Suchet, que se exigiera de ellos un compromiso de honor con respecto á la fiel ejecución del tratado de Valencey, y que se tratara así de recobrar al menos las guarniciones de Sagunto, de Mequinenza, de Lérida, de Tortosa y de Barcelona, que regresarían al punto por los Pirineos. Si el mariscal Soult, detenido en Bayona por la presencia de los ingleses, no podía llegar hacia París, el mariscal Suchet, que no se hallaba en igual caso, que tenía delante de sí un ejército mucho menos terrible, podía marchar hacia Lyon. Napoleón le prescribió de nuevo que enca-

minara hacia allí á todas las tropas que no fueran indispensables en el Rosellón, y que se preparase también á marchar él en persona con el resto de su ejército. Si el mariscal llegaba á Lyon con veinte mil hombres y el príncipe Eugenio con treinta mil, sin duda alguna la suerte de la guerra se cambiaba, pues los aliados no permanecían entre Troyes y París cuando subieran de Lyon á Besanzón cincuenta mil soldados aguerridos.

Expedidas estas órdenes en los días 4, 5, 6 y 7 de febrero, días que Napoleón empleó en vigilar los movimientos del enemigo, mandó también otras varias relativas á la defensa de París. La alarma hacia progresos en esta capital á cada paso retrógrado del mariscal Macdonald hacia el Marne, pues los fugitivos del ejército y de los campos sembraban el espanto en los países que atravesaban. José había pedido instrucciones acerca de la emperatriz, del rey de Roma y de las princesas de la familia imperial, y había preguntado si se les debía guardar en París en caso de peligro. Seguramente no se trataba de evacuar París; por el contrario, Napoleón había mandado que le defendieran hasta el último extremo; pero si aparecía el enemigo, ¿se debía dejar en la capital á uno de los príncipes con poderes extraordinarios y la orden de resistir á todo trance y enviar detrás del Loira á la familia imperial, la emperatriz, el rey de Roma, los ministros y los altos dignatarios? En las calles de la capital se discutía en alta voz esta cuestión, lo que demuestra hasta qué punto había crecido la agitación de los ánimos. Luis, rey de Holanda, que había vuelto á Francia después de las desgracias de su hermano, propuso, si hacían salir de París á la corte y al gobierno, encerrarse en dicha ciudad para defenderla, de lo que era muy capaz. Muchas personas muy sensatas opinaban que no se debía alejar á la emperatriz y al rey de Roma, pues su marcha sería considerada como una especie de abandono de la capital que heriría y alarmaría á los parisienses y parecería que preparaba el hueco para llenarle en breve con los Borbones. Mr. de Talleyrand, que con toda claridad veía acercarse el reinado de estos príncipes, que había recibido muchas seguridades secretas con respecto á él, y que sin quererlos y sin tener confianza en sus luces, pensaba en recobrar á su lado el favor que con Napoleón había perdido, no quería sin embargo comprometerse demasiado pronto, ni de un modo demasiado absoluto, con este último, y aparentaba mucho celo para secundar á José y á la emperatriz, tratando de probarlo con consejos que á su juicio eran los mejores que podían seguirse. Ahora bien: á sus ojos, hacer salir de París á la emperatriz era entregar imprudentemente el puesto á los Borbones, que habrían tenido en su abono el prestigio de veinticuatro años de desgracias, y el prestigio mucho mayor aún de la paz que procurarían á la Francia. José, no atreviéndose á ejecutar nada por sí en tal asunto, suplicó con instancia á Napoleón que diera á conocer sobre todos estos puntos su voluntad definitiva. En cuanto á la emperatriz carecía de opinión y de voluntad, y junto con Cambaceres que, como hemos visto, se había hecho muy piadoso, rezaba la estación de las cuarenta horas.

Napoleón, á quien hallaban imperturbable todas las desgracias de la guerra, sólo mostraba impaciencia al recibir el correo de París, que le traía varias veces por día el triste cuadro de las ansiedades de su gobierno.

«Tenéis miedo, escribía á los hombres encargados de su confianza, y comunicáis á los demás vuestro miedo; la situación es grave, pero *no ha llegado al punto de justificar vuestra alarma*. Es bueno rezar, pero rezáis como personas espantadas, y si yo siguiera aquí vuestro ejemplo, mis soldados se creerían perdidos. Ejecutad alrededor de París las obras que os he mandado hacer, armad y vestid á mis reclutas, hacedlos tirar al blanco, enviádmelos en cuanto hayan adquirido las nociones indispensables, detened á los fugitivos, incorporadlos en sus filas, reunid víveres y municiones; no tengáis tanto cuidado en cambiar de parecer á cada idea nueva que produce la fermentación de los ánimos, tened siempre presentes mis órdenes, seguidlas y *dejadme hacer*. Sé muy bien que algunos cosacos han aparecido por el lado de Sens, que Macdonald se ha dejado rechazar hacia el Marne; pero no temáis, el enemigo pagará cara su loca temeridad. Os repito que no os agitéis, que no escuchéis á todos los que os aconsejan, que no habléis á todo el que se os presente, que trabajéis, que os calléis y *que me dejéis hacer...*»

Estos eran los sabios y enérgicos consejos que dirigía Napoleón á Cambaceres, al ministro de la Guerra y á su hermano José. En cuanto á la emperatriz, sólo le hablaba de su salud con algunos detalles sucintos y tranquilizadores acerca de su ejército, todo ello en un tono afectuoso y firme, pero tenía adoptada una resolución sobre lo que era preciso hacer de ella y del rey de Roma si el enemigo asomaba á las puertas de París. Quería que se defendiera la capital, pues sabía muy bien que si se dejaba abierta al enemigo, éste lo primero que haría sería establecer en ella un gobierno que no sería el suyo; pero si bien mandaba que se disputara enérgicamente á los ejércitos aliados, no quería que estuviesen dentro de sus muros su mujer y su hijo. Conservándolos en su posesión creía conservar con el Austria un lazo poderoso que el respeto humano no permitiría despreñar. Si por el contrario llegaba á perder esa prenda tan preciosa, se decía que no dejarían de apoderarse de María Luisa, que aprovecharían su flaqueza para componer una regencia que le excluiría á él del trono, ó si no, la enviarían á ella y al rey de Roma á Viena, les prodigarían muchas atenciones, como se hace con una joven virtuosa que ha contraído un mal matrimonio, y á él le tratarían como á un monstruo que no era digno de la mujer que le habían dado, y le encerrarían en algún castillo lejano. ¡Además educarían á su hijo en Viena como un príncipe austriaco!...

Cuando esta perspectiva se presentaba á su ánimo, le trastornaba profundamente, y le hacía olvidar otra no menos alarmante, la de París que quedaba vacante ante los Borbones que se acercaban. Tenía razón sin duda, pues era cierto que le cogerían á su mujer y á su hijo, que educarían á éste como un príncipe austriaco y que darían otro esposo á su mujer; pero también lo era que, si París quedaba vacío, aprovecharían la ocasión para colocar á los Borbones. No se trataba de uno ú otro mal, sino de todos los males á la vez que en castigo de sus faltas iban á caer sobre su cabeza condenada por la Providencia.

Preocupado ante todo de que su mujer y su hijo cayeran en manos de los austriacos, prescribió á su hermano José en una carta fechada el 8 de febrero, que en con-

formidad á sus intenciones, que ya le manifestó antes de partir, dejara en la capital á su hermano Luis con poderes muy latos, que se quedara él también si era preciso, y que defendiera la capital á todo trance, pero que enviara hacia el Loira á la emperatriz y al rey de Roma con las princesas, los ministros, los altos dignatarios y los fondos de la corona; que no creyera sobre todo á enemigos secretos como Mr. de Talleyrand, con quienes él había guardado demasiados miramientos, y que, en fin, siguiera sus instrucciones y no otras. «La suerte de Astianax, prisionero de los griegos, añadía, me ha parecido siempre la más triste de todas; preferiría ver á mi hijo degollado y precipitado al Sena, antes que en manos de los austriacos para ser llevado á Viena.»

Napoleón indicaba seguidamente cómo se debía defender París. No habiendo pensado en elevar obras de fábrica temiendo almar á los habitantes, se había contentado con preparar empalizadas y baterías. Ahora que la alarma había llegado al colmo, y que por consiguiente aquella consideración era vana, mandaba que se reforzara con empalizadas toda la pared del recinto, que se construyeran tambores delante de las puertas también con empalizadas, que se establecieran reductos en los sitios designados ya, que se cubrieran con artillería y que detrás de esas obras improvisadas se colocara la guardia nacional armada con escopetas si faltaban fusiles. ¡Qué confianza no habría podido abrigo, qué libertad de maniobras no habría adquirido, si hubiese tenido las magníficas murallas que, gracias á un rey patriota, cercan hoy la capital de la Francia!

Napoleón había permanecido del 3 al 8 de febrero, primero en Troyes y luego en Nogent, previendo alguna falta del enemigo de la que esperaba la salvación; en breve creyó descubrir ciertos indicios de lo que deseaba. Con efecto, al día siguiente de la batalla de la Rothiere, los aliados habían reunido en Brienne un gran consejo para examinar qué partido se debía sacar de la situación de Napoleón, que les parecía desesperada. No le habían supuesto reducido después de la batalla de la Rothiere á una fuerza de treinta mil hombres, sino de cuarenta á cincuenta mil, que quizá con Mortier se elevaba á setenta mil, y en tal estado, tan superior sin embargo á la realidad, le consideraban perdido con tal, decían, que no se cometieran muchas faltas de bulto. Al cabo de muchas discusiones se resolvieron las operaciones siguientes.

Por grande que fuera la superioridad sobre Napoleón, seguían temiendo encontrarse cara á cara con él, y aventurar la suerte de la guerra en una batalla decisiva. Querían, pues, maniobrar y acorralarle hacia París, dirigiendo á la capital sucesivamente todos los ejércitos de la coalición, para destrozarle con una masa enorme de enemigos como habían hecho en Leipsick. Sobre la derecha de los aliados había fuerzas que se habían dejado para el bloqueo de las plazas. Eran, como hemos dicho, el cuerpo de York delante de Metz, el de Langerón delante de Maguncia, y el de Kleist delante de Erfurt. Estos cuerpos, reemplazados actualmente por otras tropas próximas á llegar al Marne, constaban: el de York de diez y ocho mil hombres, el de Langerón de ocho mil (sólo la mitad de este cuerpo se hallaba disponible), y el de Kleist de diez mil; esto es, unos treinta y seis mil hombres sin contar el cuerpo de Saint Priest y varios

destacamentos de Bernadotte que acudían entonces hacia Bélgica. No era posible dejar los cuerpos de York, de Langerón y de Kleist aislados en el Marne al alcance de los golpes de Napoleón y fuera de concurso al objeto común. Se acordó, pues, que Blücher iría á ellos con los veinte mil hombres que le quedaban, lo que elevaría á unos sesenta mil el antiguo ejército de Silesia y le constituiría una situación independiente. Blücher maniobraría á la cabeza de su ejército en el Marne, y rechazando á Macdonald hacia Chalóns, Meaux y París, se encontraría á retaguardia de Napoleón, que no tendría más remedio que replegarse. Entonces el príncipe de Schwartzberg, que tendría todavía ciento treinta mil hombres después de la marcha de Blücher, seguiría á Napoleón paso á paso en su retirada. Si Napoleón volvía sobre el príncipe de Schwartzberg, Blücher se aprovecharía para dar un nuevo paso adelante, y avanzando de este modo los unos á lo largo del Sena y los otros á lo largo del Marne, acabarían, como los mismos ríos, por encontrarse en París y por destrozar á Napoleón con la masa de las fuerzas de la Europa reunidas en torno de la capital de Francia.

Entretanto se hallaban tan fuertes aun estando separados, que si Napoleón quería caer sobre uno ú otro de los dos ejércitos aliados, podían hacerle frente. Blücher con sesenta mil hombres no creía tener nada que temer. El príncipe de Schwartzberg, mucho menos presuntuoso, creía poder resistirle con sus ciento treinta mil hombres. Además á la distancia que se hallaban de París, el Sena y el Marne estaban bastante próximos para que del uno al otro se pudieran dar la mano, sobre todo teniendo una caballería numerosa. Con efecto se resolvió que el príncipe de Wittgenstein se mantendría en el Aube, donde estaría en comunicación con los seis mil cosacos del general Sesliavín, por una parte con Blücher que debía marchar hacia el Marne, y por la otra con el príncipe de Schwartzberg que debía encaminarse hacia el Sena. Con tales precauciones no se temía ninguna desgracia, sobre todo ninguno de esos percances que se debían esperar cuando era preciso habérselas con un genio tan imprevisible como el de Napoleón. Se contentaron, pues, con lo más especioso que ellas tenían y dieron también su consentimiento, Blücher, que en la combinación adoptada veía su independencia y la probabilidad de llegar el primero á París, y Schwartzberg, que de ese modo se prometía verse libre del más incómodo é importuno de los colaboradores.

A consecuencia de estas disposiciones, Blücher salió el 3 de Rosnay para Saint Ouen, y el 4 de Saint-Ouen para Fere-Champenoise, y encontrando el cuerpo de York enzarzado ya con el mariscal Macdonald cerca de Chalóns, trató de adelantarse á este mariscal y así le obligó á retirarse á Epernay y á Chateau-Thierry. Macdonald, después de su larga retirada de Colonia á Chalóns, no tenía más de cinco mil infantes y dos mil caballos. El 8 de febrero estaba en Chateau-Thierry seguido por el cuerpo de York á lo largo del Marne y amenazado de flanco por Blücher que, siguiendo el camino de Fere Champenoise y de Montmirail, se prometía adelantarse en Meaux. París se quedaba así descubierto, y este peligro, evidente ya á los ojos de todos, alarmaba hasta lo sumo á sus habitantes. Por otra parte el príncipe de Schwartzberg, después de haber vaci-

lado ante Napoleón cuyos menores movimientos le infundían miedo, se adelantó lentamente hacia Troyes debiendo sostener con su temible adversario combates de retaguardias cada día más sangrientos. De repente tuvo dudas alarmantes. Acababa de saber que á lo lejos, sobre su izquierda, asomaban tropas francesas, es decir, hacia el Yonne, por Sens, Joigny y Auxerre (eran las de Pajol); y también había recibido varias noticias procedentes de puntos más lejanos. Le habían enviado á decir que se formaba un ejército francés en Lyon á las órdenes del mariscal Augereau, y que tomaba la ofensiva contra Bubna; que acudían en posta tropas de España y que las cabezas de sus columnas se distinguían ya cerca de Orleans. Al punto se preguntó si Napoleón meditaba algún movimiento sobre su flanco izquierdo más allá del Sena y del Yonne, y si el ejército de Lyon, las tropas que se veían hacia el Yonne y las que llegaban de España, no eran los recursos preparados ya para ese movimiento. Presa de estas inquietudes, se inclinó un poco á la izquierda en tanto que Blücher se ladeaba un poco á la derecha, lo que debía auerthar sensiblemente el espacio que los separaba. Con efecto, llamó á Wittgenstein de la orilla derecha del Aube á la orilla izquierda, esto es, de Arcis á Troyes, dejó á Wrede delante de Troyes con las reservas de retaguardia, y dirigió á Giulay hacia Villeneuve-l'Archeveque y á Colloredo hacia Sens, pensando cubrirse así de toda empresa contra su flanco izquierdo. Algunos cosacos quedaron encargados de mantener la comunicación entre ambos ejércitos, pero el espacio que los separaba había crecido mucho. Este general, tan prudente al creer que se preservaba de un peligro, se preparaba, como vamos á ver, otro mucho más grave, pues en la guerra hay que tener á la vista no un peligro solo, sino todos; hay que saber abrazar no un lado de la situación, sino la situación entera, con una mirada vasta, rápida y segura.

El 6 y el 7 de febrero, Napoleón en acecho, como el tigre pronto á lanzarse sobre su presa, no perdía de vista á sus adversarios, sintiendo un júbilo creciente, el único que le estaba ya reservado experimentar, y había titubeado largo tiempo entre dos partidos. Unas veces pensaba arrojarse sobre Colloredo y Giulay, que se habían aventurado imprudentemente entre el Sena y el Yonne, y otras sobre Blücher, que corría hacia el Marne; pero el 7 acabaron sus incertidumbres. La importancia de los resultados que podía obtener colocándose entre Schwartzberg y Blücher, la necesidad de socorrer cuanto antes á Macdonald y á París, le decidieron á marchar hacia el Marne, y comenzó su movimiento contra Blücher con una satisfacción indecible. Durante los días del 4 al 7 de febrero, y gracias á su vigoroso impulso, habían salido de París algunos batallones sacados de los depósitos. Con estos recursos había reforzado un poco los cuerpos de Marmont y Víctor, las divisiones de los generales Gerard y Hamelinaye, y con la ayuda de los destacamentos procedentes de Versalles había añadido también algunas fuerzas á su caballería. Por último, había dirigido á Provins la primera división llegada de España. El 5 mandó á Marmont que bajara de Arcis á Nogent, y él había ido también de Troyes cubriéndose con fuertes retaguardias á fin de ocultar su marcha al enemigo. Al llegar allí comenzó su grande operación. Marmont, cuyo espíritu se hallaba bastante

despierto, había imaginado por su parte esa misma operación, pero de una manera confusa, pues ya la consideraba como imposible, cuando Napoleón, sin pensar en lo que pasaba en aquella cabeza ligera, le ordenó el 7 que saliera de Nogent con una vanguardia de caballería y de infantería y marchara á Sezanne, lugar en que se habían reunido recursos abundantes, gracias á sus órdenes. En cuanto Marmont hubiera reconocido el camino, debía mandar á todas sus tropas que le siguieran. El 8, Napoleón encaminó á Ney á Sezanne, con una división de la joven guardia y la caballería de Lefebvre-Desnoettes, y se preparó á marchar él también al mismo punto el 8 con Mortier y la vieja guardia. Los tres cuerpos comprendían unos treinta mil hombres.

Sin embargo, dirigiéndose hacia el Marne, era preciso no descubrir París por el lado del Sena. Napoleón dejó en el Sena al mariscal Víctor con el 2.º cuerpo, á los generales Gerard y Hamelinaye con sus divisiones de reserva, y detrás de ellos, en Provins, al mariscal Oudinot con la división de la joven guardia, Rothenbourg y las tropas sacadas del ejército de España. Víctor estaba encargado de defender el Sena de Nogent á Bray, y Oudinot debía apoyarle al oír el primer cañonazo. Pajol, con los batallones llegados de Burdeos, con la guardia nacional y su caballería debía vigilar sobre Montereau y los puentes del Yonne hasta Auxerre. Por fin las dos divisiones de la joven guardia cuya organización se concluía en París, tenían orden de colocarse entre Provins y Fontainebleau. Estas tropas reunidas formaban cincuenta mil hombres y colocadas detrás del Sena en el contorno que describe este río de Nogent á Fontainebleau, debían dar á Napoleón tiempo de volver á fin de que pudiera hacer contra Schwartzberg lo que ya habría hecho contra Blücher. Estos planes eran cuando menos tan especiosos como los del enemigo. Ahora quedaba por saber cuáles de ellos correspondían verdaderamente á las distancias, al tiempo, á las circunstancias actuales de la guerra. Napoleón partió el 9 con su vieja guardia para trasladarse del Sena al Marne, recomendando á todos un secreto absoluto respecto á su ausencia.

Lleno de esperanza, escribió algunas palabras á monsieur de Caulaincourt para animarle y para indicarle que usara con menos libertad de la *carta blanca* que le había dado y que sin embargo no le recogía. Con efecto, si sus planes salían bien, las condiciones de la paz debían ser muy distintas. ¡Por eso al partir se llevaba consigo los destinos de la Francia y los suyos!

Mientras estaba en marcha, nuestro infortunado plenipotenciario tenía que sufrir en Chatillon los más grandes dolores que puede sufrir un hombre honrado y un buen ciudadano; debía sufrir tratamientos que cubrían su frente de vergüenza.

Los diplomáticos de la coalición habían llegado sucesivamente el 3 y el 4 de febrero á Chatillon y se habían apresurado á cambiar visitas con Mr. de Caulaincourt, manifestándole consideraciones que afectaban acordar sólo á su persona. Se acordó que el 5 presentaría cada cual sus poderes y que en los días siguientes comenzarían las negociaciones.

Entretanto, habiendo tratado Mr. de Caulaincourt de obtener algunas confidencias en las comidas ó en las